YASMINA REZA

Anne-Marie la Bella

Traducción de Rubén Martín Giráldez

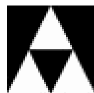


ANAGRAMA
Panorama de narrativas

ANNE-MARIE LA BELLA

YASMINA REZA

Traducción de Rubén Martín Giráldez



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Anne-Marie la Beauté

Edición en formato digital: octubre de 2023

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1908-3

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

a André Marcon

Soy de Saint-Sourd-en-Ger, señora, una región en donde no nos quedamos tumbados

En Saint-Sourd, cuando yo era niña, estaban los pozos de carbón y la Compañía Teatral de Prosper Ginot

Veíamos pasar por el pueblo a los actores de la Comedie de Saint-Sourd. Andaban solos o en parejas por allí. Sobre todo los domingos, porque había mercado

Siempre me supe sus nombres

Los murmuraba para mis adentros

Armand Cheval, Prosper Ginot, Madeleine Puglierin, Désiré Guelde, Georgia Glazer, Odette Ordonneau

Los reconocía a todos

…

Casi doy saltitos

Sí…

¿Después de incinerarme meterán la prótesis de titanio en la urna? Me pregunté

Los que saben, señora, dicen que el alma sale de golpe del cuerpo y que te ves

Te ves descender bajo tierra hacia el confinamiento

Y por eso yo digo: incineración

Mire, yo he tenido una vida feliz

La rodilla entera la tengo de titanio, no me dejaron más que la rótula

El médico dijo: ha quedado usted casi como nueva, puede prescindir del bastón de vez en cuando

¡Que desaparezca inmediatamente!

El bastón para mí representa la poliomielitis

Los niños deformados con su pata chula, que pasan rozando los muros de Saint-Sourd. Toda la infancia he vivido con el terror de la poliomielitis

Al más mínimo dolor, tenía la polio. También cáncer o meningitis. Pero sobre todo polio

Jamás me habría dejado ver con el bastón. ¿O es que a usted le gustaría que la recibiese en pantuflas?

Unas furlane

Unas *furlane* venecianas, tengo unas amarillas también

Mientras vivió mi marido se estuvieron marchitando dentro del

armario

Me decía que parecía un cubo

Con el bastón me organicé un pequeño circuito, discreto, con sitios donde sentarme, en dirección a Picard y el Monoprix

Y el peluquero para teñirme

Me sentaba donde el panadero, que tenía salón de té. Me sentaba en la farmacia, donde me tienen cariño. En Picard, donde todos me adoran. Contaba con la parada del 84. Y el asiento vacío de una cajera del Monoprix

Son tres para cinco cajas. Me conocen

En el Monoprix tengo a un pequeño evangelista de Madagascar encantado conmigo. Se llama Victor. Es reponedor. Siempre que busco alguna cosa me la encuentra

El vigilante también, es tonto pero amable. Me alcanza chismes a los que yo no llego. Todavía no he recuperado del todo la flexión. Colocan el abrillantador de cobre por debajo de la estantería porque no tienen sitio

No es muy grande ese Monoprix

Ahí me conocen

El médico nuevo dijo: está usted como nueva, puede olvidarse del bastón

Ya está guardado, amigo mío

Me encontró la tensión un poco alta

Le dije: ¿doctor cómo es que tengo la tensión alta si nunca he tenido la tensión alta? Él me dijo: pues va como va. Un día no tenemos nada y al siguiente lo tenemos

Yo dije: ¡caray, qué poca gracia me hace esta filosofía! Esa nunca fue la filosofía del doctor Olbrecht

Echo de menos a Olbrecht. Hacía treinta años que nos conocíamos

Venía a aplaudirme

Atendía también a mi marido y a mi hijo

Al llegar a cierta edad, la gente se pone de acuerdo para marcharse. Gente que se supone que iba a velar por nosotros hasta el final. El médico, el agente artístico, el marido, los Storm vecinos míos

La primera vez, la vi bajo el vano, tendida sobre un sofá con su melena

Llegaba yo del norte, venía a la capital para una audición en el teatro de Clichy

Vi la melena cayendo de su cabeza inclinada, al fondo de la sala. Fumaba

Alguien me dijo: esa es Giselle Fayolle

Pensé que era importante, aunque por esa época no era nadie.

Nadie en absoluto

De todas formas para mí una chica que tenía un camerino en parís era importante

Nos conocimos en *Berenice*

Yo hacía de su confidente

En la vida real también compadecía a sus amantes

Ella vivía en la rué Émile Augier, yo tenía una habitación en la rué des Rondeaux, que ella no pisó nunca

Cuando volvimos a vernos, cuarenta años más tarde, también era yo quien se desplazaba

A fin de cuentas, Giselle tenía problemas intestinales, yo una rodilla jodida

Íbamos al restaurante de vez en cuando. O bien iba yo a su casa en la rué de Courcelles

Incluso me quedé a dormir una noche que se sentía sola

Siempre era yo quien se desplazaba

Después de operarme no nos volvimos a ver. Se acabaron las excursiones

Verla aparecer en blanco y negro me ha dejado pasmada, señora, desde luego

El blanco y negro de las revistas es la tumba

Conocíamos esa foto en color

El azul purpurina casi hasta las sienes

Corría el rumor, por aquella época, de que era la amante de Alain Deion

Y a lo mejor de Ingmar Bergman

Pero claro, son rumores

Estás en la pedicura, pasas una página pensando en frivolidades y te topas con Gigi Fayolle en blanco y negro

Los demás desaparecidos de debajo no tienen foto

Llegaba de Saint-Sourd, había ido a París para una audición

Las confidentes de las tragedias no las hacía nadie. Venía recomendada

Cuando me dieron Fenice, señorita, me puse tan contenta, una alegría tan tremenda…, inconmensurable, por aquella sensación de oportunidad

Giselle estaba tumbada en un sofá de flores con su melena

Su melena me hipnotizó

Tenía veintiún años. Yo diecinueve

Formaba parte de las chicas que se quedaban en la cama hasta el mediodía, que lo hacían todo desde la cama, comer, telefonear, leer, recibir, y en el camerino tenían un diván y ahí también se tumbaban

con los pies en alto

Giselle era así cuando la conocí. Tumbada dejando a mano una taza de té y una galletita

Tenía una habitación en la rué Émile Augier, en la Muette. Yo en la rué des Rondeaux, en el número 20

Bordeaba el cementerio de Pere Lachaise. Unas vistas como para pegarse un tiro. Nunca he entendido a la gente capaz de comerse solo una galletita. ¿Una sola galletita?, ¿dónde está la gracia?

Ella acaparaba todos los grandes papeles. Languideciendo, como quien no quiere nada. Las reinas, las locas, las putas, hasta las rameras coloniales. Es bueno para una carrera, ese aire como de quien no quiere nada

Yo también he hecho mis intentonas de languidez

Pero no languideces solo queriendo

El doctor Olbrecht organizaba fiestas temáticas en su casa. Un año fue el desierto y los beduinos. Contactó con una empresa de celebraciones, hizo traer un camión de arena y una carpa pintoresca. Se sentaron a la beduina en su salón con su mujer comiendo dátiles y unos amigos sobre treinta centímetros de arena

A mí el doctor Olbrecht me ponía un poco tontorrona

Su mujer lo abandonó de un día para otro. ¿Cómo tiene que hacerlo una mujer para hacerlo bien?

Yo tenía un buen marido, sin cuentos chinos

Su gran capricho era volver a pintar el apartamento

Siempre quería volver a pintarlo, volver a pintar los cuartos, estaba enamorado de la restauración

Yo me aburría con mi marido, pero ya se sabe, el aburrimiento forma parte del amor

Él me detallaba sus exámenes de termitas, jugábamos al Scrabble

Era un hombre cien por cien organizado, que no soportaba los imprevistos

Mi marido necesitaba un plan para sobrevivir. Aunque fuese un plan carcelario. Él, con su electroshock a las cinco de la tarde y su tortura a las seis y media, habría estado contento. Es la norma, cada cual sabe lo que hace. Yo de buen grado habría hecho de beduina con un Olbrecht

Haces de beduina y cuando eres viuda acabas en un cuchitril con un hornillo y tus baratijas amontonadas

Mi marido me dejó dos garantías para la jubilación, entre capital y rentas, más dos seguros de vida a mi nombre. Por no hablar del precioso pisito de tres estancias a dos pasos de la place Pereire

Nunca perdió de vista el espectro de la rueda que gira

Empiezas mindundi y acabas mindundi

Gigi recibía a sus amantes con la mascarilla puesta y afeitándose las piernas. Se hacía mascarillas de verduras: de berenjena, de zanahoria

Nunca tuvo ningún tipo de vida intelectual

En m¡opinión, no leía enteras las obras, ni siquiera las que interpretaba

De *Berenice* no había leído más que sus escenas

El cartel estaba fijado en la entrada del teatro. Mi nombre aparecía en la parte de abajo. Pasaba por delante sesenta veces al día. Subía y volvía a bajar por la rué du Calvaire para ver el efecto que producía el nombre de Anne-Marie Mille a un transeúnte cualquiera. Yo estaba la penúltima, abajo, en pequeño, pero se me veía bien gracias al interlineado siguiente. El nombre era pegadizo. Sobre todo al bajar

Anne-Marie Mille sonaba a vedete

¿Quién sale en *Las tres hermanas*…?

Anne-Marie Mille. ¡Anne-Marie Mille!

¿Quién interpreta a Angélica…? Anne-Marie Mille. ¡Anne-Marie Mille, magnífica!

Vengo de lejos, señora. En ciertas fotos de SaintSourd tengo manos de comatosa. Poso con las muñecas retorcidas, los brazos caídos, los dedos apuntando hacia lo alto. Vi en un reportaje que cuando un comatoso retuerce las muñecas, está jodido

Dábamos recitales poéticos en la sala del patronato, la gente decía: Anne-Marie tiene una dicción excelente, Anne-Marie articula a la perfección

Yo articulaba bien, sí

Articulaba porque me encantaba decir las palabras, señorita

Las palabras me dilataban

Los fines de semana o en los días festivos me obligaban a llevar guantes blancos como las americanas

Yo no sabía ni cómo ponerme con aquel vestido grueso de señora y con el peinado que me hacían

La raya

El alisamiento de los rizos en la coronilla y los tirabuzones a los lados. Ya tenía pecho

Ella me cortaba el pelo cada dos por tres, cada dos por tres

Mi madre era lavandera en el Hotel du Quai. Había empezado de operaría en las hilaturas de encaje. En la casilla profesión de los padres tuve que escribir «diseñadora»

Se suicidaba dos o tres veces al año

A los trece me fabriqué unos postizos con hilos sintéticos para sentir los mechones cayendo sobre mis mejillas

Se suponía que me tenía que hacer más guapa, señorita

Mi madre decía: hay que despejar su cara, pero mi cara no respondía

Hacíamos alisamientos con mucho cuidado pero mi cara seguía sin salir

El vestido blanco liso con los hombros abombados

Los leotardos de rombos

Me sentía espantosa, espantosa

Soy capaz de distinguir a diez kilómetros a una infeliz endomingada

Cuando pasaba un actor de Saint-Sourd, nos parábamos a mirar. La calle parecía vacía, después

Eran altos y pálidos. Caminaban a distancia del suelo, a gráciles zancadas. Éramos poca cosa a su lado

Las nuevas generaciones, señor, no verán nunca esa procesión. Nunca

Anoche nevó. Nieve de verdad. La marquesina está cubierta por completo

Mi hijo me ha dicho: una mujer de tu edad acogió a un migrante en casa y este la ha apuñalado

Bueno

Me ha comprado un tensiómetro

Tuve la mala idea de contarle que el médico nuevo me había encontrado la tensión alta

¿Quién quiere eso en casa? Lo he arrumbado en el armario junto con el bastón

Es un inquieto. Inquieto como su padre

Recomendaciones y más recomendaciones

Ahora tiene otro tic. Carraspea al teléfono. Carraspea cada dos frases. Le dije: si es para carraspear no hace falta que me llames

Cuando viene saco el brazalete. Lo dejo por ahí como si lo utilizase. Se me cae el alma a los pies cuando veo estos cachivaches médicos. Es firmar tu sentencia

En cuanto entra en el apartamento dice: ¡hace un calor de morirse! Yo digo que estoy a gusto. ¡Estamos a veintisiete grados! Yo con este calor no aguanto. Bueno, pues vete. Esta es mi casa y yo estoy a gusto. Lo tengo que frenar para que no me toquetee la caldera. ¿Por qué te empeñas en organizarme todo contra mi voluntad? Alguien te tiene que controlar. Muestras signos preocupantes. ¿Muestro signos preocupantes porque quiero tener calor?

Así andamos siempre, el mundo reducido a lo más estrictamente ordinario

Si le hago alguna pregunta sobre su vida se enfada. No hablamos más que de mis miserias. Ninguna conversación interesante. Entra en la cocina y recoloca, bien alineadas, mis cajas de pastillas recetadas, no vaya a ser que me equivoque

Le dije: no vale la pena molestarse. Tu abuela —mi madre— tenía una bolsa de plástico llena de medicinas de la que picoteaba como quien come gominolas. Rebuscaba ahí sin saber lo que cogía

Mira cómo ha acabado

Está muerta, como todo el mundo. ¿Quién ha acabado mejor?

Me olvidaba de una cosa importante, señora: empecé recortando fotos de Brigitte Bardot

Mi madre se traía a casa revistas viejas del hotel. Las hojeaba por la noche mientras le daba sorbitos a un Gipsy Rose. Se empolvaba hasta parecer una muerta y se pasaba con el colorete en las mejillas. Nunca supe si era por la escasa luz del lavabo o por la locura

En las revistas, yo estaba al quite de cualquier foto de Brigitte Bardot. Las recortaba y las pegaba en un álbum que enseñaba a mis visitas invisibles

Comentaba los episodios de mi vida pasando las páginas con modestia, ya que aquella belleza, desde luego, era la mía. Anne-Marie la Bella

Posaba con botas altas en plan Nancy Sinatra, me daba aires a bordo de un barco en Noruega

A veces les decía a mis interlocutores: estoy pensativa en ese banco, es verdad, fue una época sombría

Pero no hablaba de mi belleza ni de mi cabello

O decía: el moño italiano es bien chic, me gusta hacérmelo de vez en cuando

Giselle nunca tuvo la melena de Brigitte Bardot. ¡No!

Hablaba yo en voz alta con un timbre que no era el mío. Siempre me daba miedo que alguien me oyese o me viera. Nuestro cuarto era un corredor. Se podía entrar por dos puertas en diagonal. Teníamos camas nido. Mi hermana dormía en la de abajo, que nunca estaba levantada. Se pasó toda la infancia durmiendo a ras de suelo. Durante el día su cama desaparecía. Me sacaba de quicio que se sentase en la mía. A veces la empujaba. Me incordiaban. Me decían: ¡dónde quieres que se ponga, la pobre! ¡La pobre! Siempre igual «la pobre»

Anne-Marie la Bella nunca tuvo una habitación de paredes empapeladas con estampados de margaritas. Anne-Marie la Bella era bella, sin la raya en medio, el cabello feamente ondulado, infinitamente liso en la coronilla, con volumen sobre las orejas

Era una desconocida, ¿sabe usted?

Vivía en el norte también

No se puede decir que la muerte de Giselle haya armado mucho revuelo. En mi opinión, digo

¿Qué es lo que he leído?… *París Match*, los periódicos populares… ¿La televisión?… Han repuesto *Los falsos amantes*; lo mínimo… ¿Y aparte de eso?

En lo de las redes sociales no me manejo. A lo mejor ahí la gente ha hablado de ella

Le agradezco que haya venido a entrevistarme

No hay que olvidar una cosa, señora: en nuestro mundo se cae desde lo más alto

En los teatros, antaño, los artistas hacían colectas para sus camaradas necesitados

Una mujer con un vestido rojo plisado recitaba un discursito entre beato y amenazador, acto seguido pasaba con su hucha

Rezumaba desgracia. Un peinado torcido hacia un lado, vagamente miserable

El peinado que se levanta enroscando mechones arriba y que se derrumba hacia un lado es el peinado de la desgracia

Otras veces era un hombre con un sombrero de D'Artagnan para animar

Repetían los nombres que habían leído en los carteles un día, los pobres diablos que habían creído en su estrella

Te pasas mucho tiempo esperando tu hora, puede ser que llegue fugazmente antes de que la rueda gire y te convierta en una sombra. En un cuchitril con un hornillo, tus baratijas amontonadas y tus encajes

Marguerite Orsoni cayó desde lo más alto

Los fanfarrones del Barnum…

Todos cayeron desde lo más alto

No perder nunca de vista el espectro de esa rueda que gira

¿Se sabe el chiste? Un hombre va a ver a una vidente. Ella le dice: no se preocupe, la rueda gira y nunca más tendrá quebraderos de cabeza. El hombre sale contento, cruza la calle, llega un coche y lo atropella

Bueno, a mí me hace gracia. ¿Qué estábamos diciendo?

Gigi no acabó en un cuchitril… Pero ya sabe, señora, un apartamento grande donde no se oye ni el más mínimo ruido, donde los objetos se petrifican…

Cuando entrabas en la rué de Courcelles olía a alcanfor. Se untaba entera en la vieja crema de ocho horas de Elizabeth Arden. Apestas a alcanfor, Gigi, le decía yo. Ella respondía, la pobre: es afrodisíaca

En los tiempos del teatro de Clichy yo era su única amiga. Las demás estaban celosas

Los hombres daban vueltas a su alrededor como moscas. Se enamoraba varias veces al mes. A los veintitrés años se quedó embarazada. Durante dos días nos rompimos la cabeza para ver qué hacíamos y luego, zas, dijo: lo voy a tener. No le interesaba saber quién era el padre: de todas formas, me mandará a la mierda

Representábamos *Ondina*. La modista ensanchó el vestido, solo paramos cuando le faltaba un mes para dar a luz

Tuvo a Corinna. Corinna Fayolle, a la que llamábamos Kikine y que cincuenta años después se presentó con falda pantalón al entierro

A los padres de Giselle los recuerdo, señora. Se comportaban tímidamente en la habitación del hospital como si molestasen. No los había visto nunca. Cuando venían al teatro, se iban enseguida. La madre se quitaba el abrigo, siguiendo órdenes de Gigi, pero lo llevaba doblado en el brazo, como si estuviera en un lugar oficial. De vez en cuando le dirigía sonrisas a Kikine desde demasiado lejos. Eran bajitos, pulcros, se les notaba que no nadaban en la abundancia. De todas maneras, nadie nadaba en la abundancia

De los padres no hablábamos más que para despotricar de ellos

Los suyos me parecieron inofensivos. Al lado de los míos, unos lores

Al menos eran gente a la que se les podía confiar el cuidado de Kikine. Yo nunca habría confiado el cuidado de mi hijo a mi madre, ni una hora. Además, se la traía al pairo

La destrozó que quisiera ser actriz

Quizá porque hubiera deseado ese destino para ella

Me decía: actriz, es duro, hay que tener vocación. ¿Tiene ella vocación? ¿Tienes tú vocación, Anne-Marie? Sí, tengo vocación.

¿Desde cuándo tienes vocación? Desde siempre, ¿qué quiere decir vocación? ¡Ya ves! ¡Ni siquiera sabe de qué habla! Cuando se tiene vocación, se sabe. Tu hermana, que no quiere ser actriz, tendría por lo menos el físico

Yo tenía espinillas. Mi madre me daba un mejunje de su botiquín, una pasta teñida llamada Acnomil que supuestamente las asfixiaba. Mi barbilla era más gruesa y de un color distinto al resto de la cara

Corinna formaba parte de la compañía. Era la bebé más buena del mundo. También cuando se puso a andar y balbucear. Kikine y yo formábamos parte de la compañía. Lo digo, señorita, porque no soy el tipo de persona que suelen acoger los grupos. Las niñas de mi barrio de Saint-Sourd en el parque de detrás de casa jugaban a las gomas elásticas y saltaban a la comba. Yo iba para mirar, nadie me invitaba a participar casi nunca. Si alguna vez me lo proponían, me ahogaba de felicidad

Giselle no había cambiado nada su modo de vida. Siempre

indolente. Siempre languideciente con su larga melena y su pitillo. Hacía puzles infantiles, collages, con la pequeña

Siempre había alguien para ocuparse de la pequeña

Cuando tuve a mi hijo, yo que no tenía más que fobias y sustos, me acordé del desapego de Giselle

Un desapego que se extendía a todo su alrededor, un desapego universal. En cierta época de su vida consultó con un psicólogo que sostenía que a ella no le interesaban demasiado los demás. Gigi le dijo: si vuelve a repetir eso de «la riqueza del prójimo», le parto la cara. El psicólogo se quedó horrorizado: ¡pero a ver, Giselle!, ¿qué vocabulario es ese?

Aquel psicólogo le venía pequeño a toda una Giselle Fayolle

Sus tablas de pacotilla no estaban hechas para aquella clase de bicho. Con cariño lo digo, señor

Raymond Lice representó *El enfermo imaginario*, no quería escuchar ninguna indicación sofisticada. Todos esos Argan, esos Orgon, decía, los Oronte, son tipos prehistóricos, la civilización les ha caído del cielo pero no entienden nada. Si rascamos un poco vemos que están emparentados directamente con la prehistoria, son genéticamente primitivos

Como Giselle, dijo Marietti, una comunista rencorosa

Gigi se reía, ella estaba de acuerdo

Fue una época feliz

El mundo no se encaminaba aún hacia la catástrofe como hoy. Si tirabas una lata de cerveza por la ventana, te la traía al pairo

Me asaltaba la nostalgia de vez en cuando, cuando me volvía a ver en la rué des Rondeaux.

La rué des Rondeaux era mi límite, no por el cementerio ni por el muro, sino por lo lejos que estaba, por la periferia

Nadie venía a la rué des Rondeaux

Era como volver a caer en el lugar del que había salido, pero todavía más sola

Me había montado una habitación acogedora y bien arreglada con una estantería donde colocaba mis libros de teatro. Tenía una butaca baja

De vez en cuando, sentada en la cama, no sabía decir dónde estaba. Más perdida en aquel pequeño decorado que en un bosque oscuro

Prosper Ginot nunca fue a París. Ninguno de los actores de la Comédie de Saint-Sourd fue a hacer carrera en París. Ni Armand Cheval, ni Odette Ordonneau

Si hubiese visto qué majestuosidad, señora

Ningún actor de París ha tenido jamás esa majestuosidad, no

Es verdad que muestro signos preocupantes. El otro día tiré las gafas a la basura y ayer fui a coger una compota y abrí el frigorífico con los guantes de amianto

Con mi marido eso no pasaba. O raramente. Yo estaba alerta. No era de los hombres que se ríen de esas cosas

Al levantarse tenía que encontrarse puesta su taza de café en la rejilla de la máquina, con la pastilla ya preparada para que solo tuviera que pulsar. Lo crea o no, a mí me agradaba encargarme de ello. Me gustaba prepararle su dispositivo matutino

Echo de menos a mi marido

Pequeñas manías las tenemos todos

Ahora soy vieja, contar con una mano a la que agarrarse es importante

Lo digo sin sentimentalismo, ojo. Nunca he sido sentimental. Aunque sí, he sido una sentimental, por desgracia, pero a escondidas, sin la ñoñería que se le suele asociar

Me habría gustado interpretar a Elvira. Giselle la interpretó. Muy mal. En mitad de las representaciones se largó a rodar una película. La sustituyeron por una pobrecilla con voz de pito; para mí, la voz de pito en una actriz es como los pies planos en el ejército: no sirves. Y punto

Giselle no comprendía en absoluto el lamento, la universalidad del lamento

No se le puede pedir a una indolente que entienda nada

Pasaba de colérica a temblorosa. Se quedaba petrificada con aires de beata

Mientras que en Elvira hay que presentarse en escena con un gladio y la armadura de caballero

Yo la habría interpretado bien, señora…

Un hombre que oye ese lamento tendría que capitular, por muy depravado que sea. El otro es un lerdo. Don Juan es un puñetero imbécil. Nunca he podido verlo ni en pintura

Giselle nos abandonó, se esfumó en mitad de las representaciones, secuestrada por el cine

De un día para otro nos convertimos en gente sin importancia. Ella se pasaba fugazmente para recoger sus cosas o elogiar a su sustituía. Con las mejillas encendidas, deseando largarse. Nosotros éramos los estancados. La pequeña compañía de barrio cuyo recuerdo iría desvaneciéndose

Me fastidió no volver a ver a Corinna. La quería mucho, a la cría. Le hacía disfraces con retazos de vestuario. Jugábamos a piedra, papel o tijera

Le propuse a Giselle que me la dejase de vez en cuando. Pero ella

estaba ya en otra vida

No hay que entristecerse

Sobre el escenario no dejamos nada detrás de nosotros. Al escenario le importa un comino quién lo ocupa, Giselle, Giselle Fayolle, AnneMarie

Ni el más mínimo rastro de nadie. Ni olor, ni sombra

Mire, he tenido una vida feliz

No tenía físico para el cine

Giselle tenía un camerino. Era la única que tenía su propio camerino. Cuando lo vaciaron, no quedó más que el diván floreado sobre el que siempre tenía un amasijo de vestidos, chales, ropa interior, sus kimonos, Gigi era un desastre total

Quedó el diván sobre el que la vi tumbada la primera vez y donde se pasaba la vida fumando, acicalándose

Cuando vuelvo a pensar en el teatro de Clichy, me viene a la cabeza la imagen de ese mueble solitario en la habitación, sin nada encima

Yo pensaba, señor, que cuando ya no tuviese nada más que hacer sentiría de nuevo la lentitud del tiempo. Es todo lo contrario, los días y las noches se encadenan con una velocidad de vértigo. Literalmente de vértigo

Ir a abrir el frigorífico con el guante del horno no es nada normal. Teniendo en cuenta que mi madre estaba medio loca, me pregunto si no voy yo por el mismo camino

Ya tengo algunas de sus manías

Colecciono ampollas, guardo todos los frascos vacíos

Por la noche parto con los dientes Ricolas de naranja y limón en trocitos. Hago una docena que pongo en un cuenco al lado de la cama y mastico una vez acostada con tragos de tisana

No puedo chuparlas, me fastidia

Ella hacía lo mismo con los caramelos Vichy

Mi madre no podía verse en un espejo sin hacer un mohín. Y eso que era bien guapa. Ni reflejada en una vitrina. En cuanto olía un reflejo, zas, mohín al canto. Proyectaba la barbilla hacia delante dibujando una línea de amargura con la boca al tiempo que levantaba las comisuras de los labios para compensar

Ahora yo hago lo mismo. Me he dado cuenta. Me prognatizo en cuanto me topo con un espejo

Yo no soportaba verla hacer eso y ahora hago lo mismo

Se ve que es habitual

De vez en cuando volvía dando saltitos por la rué Chelles, la rué Carmelin, las callejuelas miserables que nos rodeaban…

No me gustan las chifladas

Preferiría que me sacrificaran

Cuando representábamos *Los caprichos de Marianne*, tuve un amante que Giselle conocía

Me llevaba a un sitio de vigas ennegrecidas y comíamos albóndigas. Luego nos íbamos a su casa, un apartamentito donde él me disfrazaba de Jacqueline Huet, una presentadora de los años sesenta. Tenía las joyas, el collar de perlas, la blusa con el cuello de lazo, lo tenía todo. También tenía una peluca rubia, pero la peluca nunca quise ponérmela. Me tapaba la melena negra con un fular de muselina. Entonces se me declaraba tratándome de usted y llamándome Jacqueline. Luego se abalanzaba sobre mí. Tenía orden de resistirme. Como fuera. Podía arañarle, pegarle, morderle, nos molíamos a palos hasta una señal convenida con la que Jacqueline debía ceder a su pesar

Después calma chicha, me trataba de zorra televisiva, de puta, etcétera…, pero con tranquilidad

Nos entendíamos bien

Era representante de marroquinería

Nunca quiso que fuese otra que Jacqueline Huet

Y luego se volvió a Brest, de donde venía

Antes de mi marido tuve muchos amantes. Pero me enganchaba con demasiada facilidad

Tuve uno con un Matra-Simca con tres asientos delanteros. Conducía repantingado. Arrellanado y a toda pastilla, agarrando el volante de lejos. Era su forma de promoción social

No soportaba que lo contradijesen. Si tenía la mala suerte de exclamar ¡Ay, cuidado, Serge!, él decía ¿¿¿Qué??? Se le tensaban los músculos de la barbilla, clin clin, y ya veías que iba a estar enfurruñado tres meses, por lo menos

A mí me faltaba ligereza. Mi cuerpo era ligero pero mis pensamientos no

Mire, señorita, con los hombres la belleza exterior está bien pero la belleza interior nunca es buena

Lo digo con gravedad porque es grave

Giselle iba rodeada de un hatajo de pretendientes porque era una picaflor

Después de las funciones salíamos a tomar una copa con los del teatro. Luego algunos se marchaban y los demás nos íbamos a beber a otro sitio. Al rato volvíamos a cambiar de sitio. Las chicas se iban a dormir. Hacíamos la ronda por cuatro o cinco bares cada noche. ¿Qué se puede esperar yendo de un bar a otro?

No sé qué pretendíamos. Nada. No es que pasase gran cosa. A

medida que avanzaban las horas no quedaban más que los chicos borrachos a los que las putas del bulevar mandaban a paseo

Yo seguía

Yo no molestaba

Fumábamos. Pensaba en la vida. A mí me reconfortaban aquellos sonidos de la noche, las barras, los vozarrones

¿Qué tiene de malo aburrirse, señor?

Un día mi padre se escapó a un pueblo de veraneo del sur de Francia

No teníamos mucha relación con él. Volvía tarde, extendía las manos a los dos lados del plato, ¿quién manda aquí? Tú. ¿Yo, qué? Eres el jefe, papá. Mi madre exclamó: ¿qué vamos a hacer sin jefe?

¡Vale!

A él se la traían al pairo los matices

Se largó un día de octubre. Lo encontramos porque había pagado con un cheque sin fondos o yo qué sé. Fui a buscarlo con mi tía

Cuando llegamos, estaba tumbado en un recinto rodeado de barrotes blancos, sin una pizca de vegetación, con una piscina en el centro. Solo

Lo vimos a través de la verja. Estirado en una tumbona, en sentido contrario al resto de las tumbonas. El cuerpo enorme, los pies separados. En bañador negro de slip, gafas de sol y sombrero de vaquero, encima de una inmensa toalla a rayas

Yo no había visto nunca el cuerpo de mi padre, quiero decir realmente

Y menos aún tirado sin hacer nada

La postura yacente, de donde yo soy, está bien entre cuatro tablas. Y aún así

Al poco se puso en pie y fue a meterse en el agua, como acostumbran los viejos, donde hacen pie. Las rodillas levemente flexionadas, los codos flotando en horizontal y el pecho echado hacia atrás

Mi padre no hizo ninguna tentativa de nadar, se quedó en el sitio, flotando con su sombrero blanco

Esperamos a que saliese pero no salía

No crea que era habitual en nuestra casa lo de dejarnos llevar. Había que atreverse

Antes de volver quiso enseñarnos el mar. Era un recinto a la orilla del mar, he olvidado el nombre. Nos paseamos por la playa delante del camping con mi tía, su hermana. No había casi nadie, gente más o menos sola allí plantada con su mini sombrilla. Pasamos por delante de una pareja de unos sesenta años con unas camisas hawaianas bien chillonas. El hombre estaba gordo, le lanzaba un palo a unos pocos

metros a un perro que se dedicaba a devolvérselo. Mi padre dijo: menudo bobo el chucho ese. No se quitó el sombrero de vaquero. No sé de dónde lo había sacado. Pensé que daba igual disfrazarse de isleño que del Lejano Oeste. El mismo autoengaño. Vivían lejos del paisaje, bamboleándose por la playa estrecha y fuera de temporada

Mientras tanto, en Saint-Sourd, mi madre se había suicidado

Una venita cortada precipitadamente para que mi hermana la descubriese a tiempo en el cuarto de baño

No estaba acostumbrada a que mi padre diera que hablar. Como ella se esforzaba en ser el centro de todo —su única alegría en medio de la desgracia—, la escapada al pueblo de veraneo, la inquietud y el consiguiente desbarajuste acabaron desencadenando una bilis amarga

El deseo de estar en otra parte era cosa suya. ¿Desde cuándo tenían los otros deseos de estar en otra parte?

Nunca he entendido en qué se basaba su pareja

De todos modos, no debemos apoyarnos en la pareja que forman nuestros padres. ¿Y en qué pareja debemos apoyarnos, señorita?

Cuando conocí a mi marido, ya había acabado con esas tentativas de felicidad amorosa que siempre fracasan

Mi madre nunca le perdonó a mi padre aquella huida estrafalaria

Poco después le dije que iba a recibir clases de canto. Se echó a reír como si en su vida hubiera oído nada más ridículo. ¡Pero con lo mal que cantas tú, Anne-Marie! Pues por eso. Tú nunca has tenido oído. Siempre tiene que hacerse la interesante, esta. Ya no sabe qué inventar. ¿Y con qué dinero, si se puede saber? Es gratis. ¿Por qué te ha dado por el canto? ¿A qué viene? Os confabuláis para que me venga abajo, en esta familia. Yo es que no puedo más. Me he comprado cianuro

Después del segundo hijo, Giselle volvió al teatro

Ya no nos veíamos, yo seguía su carrera

Le dije a mi marido: vamos, te la voy a presentar. Naturalmente, le había contado nuestra época de juventud

Representaba *Partición de mediodía* en el Métropole

No nos dejaron subir a los camerinos. Tuvimos que esperarla abajo en un pequeño recinto recalentado, con otros elementos de baja estofa. Yo había engordado. No estaba segura de que me reconociera enseguida

Giselle estaba en su apogeo, señora

Tras una larga espera, oímos su voz por la escalera. Apareció con un abrigo morado y un ramo de flores. Había mucha gente, era difícil acercársele. Estábamos incómodos. Mi marido no comprendía mi timidez. Me susurró: haz que te vea… En un momento dado se adelantó hacia la puerta de salida. Yo dije: ¿Gigi…? Y entonces, señor,

fue maravilloso, porque se dio la vuelta y dijo: ¡AnneMarie!… ¡Mi querida Anne-Marie!

Me abrazó, cosa que no había hecho con nadie más en aquel vestíbulo. Enseguida le pregunté por Kikine. Kikine tenía trece años. Ya no la llamaban Kikine. Giselle se acordaba del piedra, papel o tijera y de la pequeña que se tambaleaba entre los telones cortando chismes imaginarios con los dedos. La felicité por su nueva hija, hablamos de la época, de Mireille Camp y de Raymond Lice. De Poupi Canella, que hacía carrera en el music-hall. Le presenté a mi marido. Le decía a las gentes: ¡es Anne-Marie Mille! ¡Estuvimos juntas en Clichy!

En el camino de vuelta, mi marido me dijo: no le has dicho que tenías un hijo. Le contesté: ah, sí, es verdad. Tendrías que haberle dicho que tenías un hijo. Sí, es verdad, no me ha dado tiempo

Pero yo estaba contenta, ya ve, porque se acordaba de nuestro pequeño teatro, de nuestra amistad

Le dije a mi marido: ¿has visto lo contenta que parecía de verme? Él me respondió: a lo mejor se ha alegrado, pero no ha dicho nada de volver a verte. ¿Y qué? Yo tampoco. ¡Ahora llevamos vidas distintas!

Los que no son del oficio no lo entienden. Le dije a mi marido: tú no tenías por qué estirar el cuello como un pavo para saludarla. ¿Qué impresión habré dado yo con un marido anonadado?

Después de aquel reencuentro busqué fotos recientes de Kikine en los periódicos. Encontré un reportaje en el que la nueva familia posaba en un columpio. Giselle, José Valadi, su bebé Lola y Kikine

Quiero decir Corinna

Corinna ya no tenía nada que ver con Kikine. Todo lo que era Kikine, la diablilla mofletuda a la que disfrazaba de dama de punta en blanco o de vendedora de cerillas, porque le gustaba hacer de pobre huerfanita, todo lo que era Kikine había desaparecido

Con trece años, se acabó la infancia, lista

Posaba retirada del resto para demostrar que se aburría, con carmín en los labios y el pelo de punta. Una pretenciosa sin el brillo de la madre, pagada de sí misma

A los diecisiete se escapó a México con un traficante de drogas

Lo digo porque se sabe. Todo el mundo sabe que Corinna Fayolle se escapó con un gánster

José Valadi se parecía a Tony Curtís con aquella bocaza

Ahora es un señor del montón. Excepto por el color del pelo. Lo tenía negro azabache, ahora lo tiene negro de bote. Lo vi en el entierro. Lo invitan a la tele para comentar el fútbol

Considero la vida como un gran arco, te elevas y cuando desciendes de nuevo recuperas tu forma original, deteriorada, con las orejas gachas

Fui a ver a mi hermana a Rangé-sur-Mer. Obligada a coger el bastón porque no hay manera de alcanzar el andén con esos estribos a diez metros del suelo. Pasa la revisora, me ve en el compartimento entre vagones, llevo en la puerta desde Amiens, en Rangé solo se para tres minutos, me tengo que preparar con antelación, le digo: señora, cuando tenía veinte años era una gran deportista pero el tiempo imprime su huella…, en lugar de decirle: ¡ayúdeme a bajar, coño!

Interpreté a Clitemnestra, señorita, a una edad en la que todavía no era madre en la vida real

Raymond Lice hacía de Agamenón

Raymond Lice como Agamenón era una locura, un sinsentido como pocos, Raymond Lice, que siempre apestaba a cebolla, de rey de Micenas; yo le decía: hueles a cebolla; él decía: dame un caramelo de menta en vez de criticar. No, a ti te hace falta algo más que un caramelo de menta, Raymond, es tu esófago. Le ofendía que criticase su digestión. Raymond tenía cuarenta años más que nosotras y la cabeza directamente unida al tronco. Yo llevaba un peinado a la griega, con ondas, cintas y una enorme torre ondulada en lo alto de la coronilla. En el cuarto acto yo me tiraba a sus pies y me quitaba discretamente un alfiler, los mechones del postizo se me desparramaban en tirabuzones sobrenaturales sobre los hombros, la cara, la espalda, los hacía temblar agitando la cabeza, adoptaba un tono ahogado pero ardiente, Raymond impostaba su voz cavernosa y éramos la bella y el rey del imperio

Sobre el escenario, alguna vez fui Anne-Marie la Bella

Sí, señorita

Sí, pequeño mío

A veces crees que vas bien, y una minucia nos demuestra lo contrario

Viene mi hijo. Se sienta a ver las noticias

Yo no me atrevo a decirle que me he dejado timar por unos supuestos tipos de la compañía eléctrica que se presentaron para cambiarme el cuadro de luces

Coge un paquete de galletas Pépito del armario y se zampa una tras otra

Se ha quedado calvo por detrás del cráneo. El cuerpo se le ha vuelto fofo

La portera le hace bizcochos con pan de especias. Se los viene a traer en una bolsa de confitería con dibujos. Yo le digo: ¡que tiene cuarenta y dos años, señora Mehmeti!

Ninguna mujer le dura demasiado tiempo. O bien es él quien se cansa. ¿Quién sabe? He dejado de preguntarle

Durante una época vivió con una vasca que tocaba el acordeón. Mi

marido estaba contento. Ya se veía en la vejez jugando a la petanca con la familia política en Saint-Jean-Pied-de-Port

Le digo: es una estupidez que te atiborres de dulces, si quieres te doy de cenar. Dice que no tiene tiempo. Si aventuro un comentario sobre las noticias me dice: calla, déjame oír

De todas formas me la trae al pairo

No veo qué podría frenar nuestra perdición, señor, la civilización ha embarrancado. El único sitio donde la contaminación atmosférica ha remitido es Oriente Medio. ¿Por qué? Gracias a la guerra. Menos coches, menos laca para el pelo. Cuando se extermina al hombre, la naturaleza va mejor. Si los dirigentes quieren arreglarlo todo a puñetazos, no veo ningún inconveniente

Cuando llega el parte meteorológico le confieso que me han facturado dos mil euros por el cambio del cuadro de luces

¡Tú estás loca! ¿A quién has llamado? A la compañía eléctrica, tenía el número en la agenda. Enséñame el presupuesto. ¡Trabajadores por cuenta propia! ¿Dónde ves tú que aquí ponga compañía eléctrica? Le digo: el tipo parecía amable, llamó a su jefe delante de mí. ¡Cómo no! Y el jefe le dijo: ¡una vieja metomentodo, hincha el presupuesto! ¿Por qué no me has llamado? Me llamas cuatro veces al día para preguntarme el nombre de un cantante para tus crucigramas, ¿pero luego firmas tú sólita tres cheques antedatados?

Cuando se va, lloro

Los niños no te dan calidez mucho tiempo

Un poco al principio

Es un cerdo. No quiero volver a oír hablar de él

Pronto podré volver a subir a los escenarios

Olbrecht me habría puesto sobre las tablas al momento

El nuevo matasanos dice que vida normal después del verano.

Es de la nueva escuela. Cero riesgos

Opina que debería perder peso

¡Un tipo curioso!

En las últimas semanas me han hecho algunas propuestas, figúrese

Yo he dicho: allá voy, mis polluelos, si me aceptáis con las muletas

¿Sabe cuál es mi sueño, señor? Mary Cavan Tyrone en *Largo viaje hacia la noche*

O El Gran Mirlo en *El pájaro rojo vivo*

O Arkadina. Como todas las actrices

O La Priora en *Enrique IV*$_t$ y eso que soy demasiado vieja para interpretarla, aunque hice de Clitemnestra a los veintisiete años, más joven que mi hija Ifigenia, señor, pero solo se puede correr adelante y no hacia atrás

Mary Tyrone habla de su melena en cuanto se siente observada. Mi madre hacía lo mismo. Siempre con las manos en el pelo corrigiendo el peinado, atenta al alisado, recolocando los pasadores. Yo hago algo parecido

Todas esas mujeres que se preocupan por su peinado cuando las miran demasiado fijamente

Deberíamos reflexionar sobre eso

Echo de menos a Olbrecht. Me pregunto si no me inventaba bobadas para ir a su consulta

¿Tenía debilidad por mí?

Cuando salía del consultorio, oía su voz tras la puerta diciendo el nombre del paciente que iba a continuación con aquel tono familiar y brusco, tan suyo. Me sentía abandonada de inmediato. ¿Acaso les hablaba también a los demás de sus reproducciones en miniatura y sus veladas temáticas? En lo que se refiere al

amor, señor, las mujeres se desviven y se consumen, mientras que los hombres siguen siendo ellos mismos tranquilamente

¿Dónde está hoy? ¿Dónde vive?

Solo como yo, quizá. Tenía una casona en las Landas que había ido reformando a lo largo de los años

Cuando le preguntaban: ¿cómo le va, doctor?, él respondía: bien, por definición, y *de facto*, probablemente también

Dicen que las vidas más felices son aquellas en las que no ocurre gran cosa

Tendría que ir pensando en comprarme una urna funeraria

Un modelo elegante de latón con un grabado discreto como el de Poupi Canella

Mi hijo se irá directo a la más barata, el muy cutre

No quiero acabar en un recipiente cutre

Mis cenizas echarán a volar por el norte

Que las esparza por los huertos de endibias de Saint-Sourd o por la bahía de Somme con los delfines

Poupi hizo que diseminaran las suyas sobre la lápida de su primer amor como quien espolvorea azúcar glas

Hacía mucho que había escogido la ropa para el sepelio. Un organdí de seda rosa con un escote en pico de falsos diamantes que la esperaba al fondo del armario en una funda plastificada que apestaba a naftalina

Cuando sacaron el vestido, cabían cuatro Poupis dentro. Por no hablar del escotazo para un torso escuálido y masacrado por la traqueotomía. Yo dije: no podemos permitir que vean a Poupi de esta guisa. Dejemos hacer a los de la funeraria, dijo su hija. Poupi reapareció en su ataúd, encogida y rellenada de la cabeza a los pies,

con los labios color malva, la melena y la cara como salidos de un cubo de harina, un chal breton alrededor del pecho

Sus hijos, el cura, todo el mundo se inclinó compungido sobre aquella cuna

A mí, señora, me entraron tantas ganas de reír que tuve que salir

Fui a reírme a un vestíbulo y percibí que Poupi estaba a mi lado, feliz de ver cómo me desternillaba, feliz de que aplaudiese aquella última función

Llevaba haciendo eso toda su vida. Había hecho de Madre Ubú, de Madame Sans-Gêne, salas enteras se habían partido de risa viéndola en *Cabríoche*, había hecho music-hall con las fachas más extravagantes

Poupi Canella quería oír reírse a la gente

Ya lo creo que he engordado

¡Es muy amable!

Semanas y semanas arrastrándome con el bastón de mi casa a Picard

Fui a unos grandes almacenes a comprarme una báscula electrónica. Vi una negra, muy chic, el vendedor me la encareció como si estuviese calculando a su vez mi índice de masa corporal… Vale

Al salir pasé por delante de la Casa de la Trufa, que por algún motivo absurdo está en la misma planta que las básculas. Miré los condimentos, la miel, la mozzarella a la trufa, de oferta, me dije: no, claro que no, y entonces me fijé en unos tarros de anacardos a la trufa negra que enseguida me recordaron a los anacardos rociados de aceite de trufa negra en Saint-Julien-des-Vignes, una combinación divina, señor, para quienes como yo adoran los anacardos y les vuelve locos la trufa, dos de mis pasiones junto con el aguacate. Volví a casa cargada con la báscula y dos botes de anacardos, uno de los cuales me acabé esa misma tarde, cuando anochecía, con un vasito de Meursault ante imágenes mudas de gente cantando en karaokes, ya ve adonde nos lleva la inactividad y tal vez un poco de soledad, señor

No me desagradaría ser abuela

No digo un montón de nietos como mi pobre Giselle

Pero un pequeñín que anduviese por aquí…

Por más que sea una insensatez traer gente al mundo hoy en día

Cuando vi a mi pobre Gigi con cinco nietos. Cinco… Y tuvo un sexto cuando Corinna adoptó al vietnamita

Después de delinquir, señor, Corinna se hizo católica. Se casó con un marinero reconvertido en asegurador marítimo que le hizo cuatro crios a los que añadieron un vietnamita

En el entierro iba con falda pantalón

En cuanto a Lola, a los veinte se quedó preñada de un desconocido,

como su madre

No sé si se lo han contado, señora, pero dentro de treinta años los indios, que al final me parecen más pérfidos que los chinos, serán dos mil millones

Según mi hijo, cuando nuestra pobre Tierra se inunde y esté superpoblada, el hombre irá a colonizar otros planetas

Es un muchacho que lee *Challenges* desde los catorce años. Es capaz de recitar los nombres y las cifras, en dólares, de las fortunas más grandes del mundo desde que tenía catorce años. Mi marido veía en eso una señal positiva para el porvenir, se sentía orgulloso. Piensa en grande, el pequeño, decía

Ahora también piensa en lejos. No le molestaría largarse a vivir a Marte. No ve nada de inmoral en ese sálvese quien pueda, porque está convencido de nuestra superioridad como especie

Cree que el hombre se adaptará muy bien a Marte o a cualquier otro planeta igual que se adaptó a los atascos a las seis de la tarde, un panorama apocalíptico para una persona de la Edad Media, dijo. Por otra parte, sostiene que sin darme cuenta, y a pesar de mis veleidades ecológicas, yo me adapto admirablemente a la desaparición de los erizos, a la extinción de los cachalotes, de las libélulas, de las lombrices, de los conejos, porque los hombres se adaptan a todo, absolutamente a todo

No me hace ninguna gracia

Está hueco, ese muchacho

Por mucha razón que lleve, no veo qué tiene de positivo ser adaptable hasta el infinito

No muy lejos de nuestra casa en Saint-Sourd había un bosquecillo en pendiente. En invierno el suelo estaba literalmente cubierto de hojas, si cavabas encontrabas más hojas, una colina de hojas

En marzo se veían brotar una o dos flores en medio del campo

Un buen día dejó de haber hojas. Nadie sabe dónde fueron a parar

En Dios no creo. Pero algunas veces le rezo en voz baja

Digamos que tanteo. Empiezo siempre con: ya sé que tú no te ocupas de esto, ya sé que mi petición es insignificante y que tienes otras cosas que hacer…

Una vez hecha mi introducción me callo, porque es evidente que tiene otras cosas que hacer

Después de la operación de rodilla sufrí tanto que probé con la voz interior. La oración muda, a hurtadillas, de alma a alma, por así decirlo

En el entierro, al que fui a regañadientes, Corinna se presentó con falda pantalón

La falda pantalón de pana hasta las rodillas de la dama benefactora

Gigi siempre desaprobó la falda pantalón. Toleraba la pulsera electrónica, pero la falda pantalón no

Me pareció infinitamente triste, señor, que el día de la ceremonia aquella mujer vistiese una prenda de ropa manifiestamente criticada por su madre

Todo recomienza eternamente. Cuando éramos jóvenes escupíamos sobre la religión. Pensábamos que habíamos acabado con aquella vieja encerrona. Ahora toca arrodillarse de nuevo

Después de tanto fanático, consentimos a los religiosos amables. Que en mi opinión jamás han sido amables, y Gigi estaba de acuerdo. No sé por qué le dedicaron una misa funeral. Por otro lado, esto hizo venir a todo el mundo. Hubo celebridades, Giselle se habría puesto contenta

Cuando ya no eres el alma de la fiesta, señorita, te sientes rápidamente olvidada

La ceremonia fue a las once en Sainte-Barberine. Mi hijo vino a buscarme a las diez. En casa somos así. Llegamos los primeros y comparecemos poniendo cara de preocupación ante la comitiva. Había curiosos, fotógrafos, no una gran pompa, pero sí al menos cierto revuelo

Vimos bajarse del coche a Anais Weber, JeanLouis Grozier, José Valadi, claro; yo daba por hecho que veríamos llegar a Alain Deion, pero no vino. Vimos a Félix Jarreau, que acababa de perder a su mujer. Ella escribía unas obras de teatro espantosas que nadie representaba. En su lecho de muerte hizo venir a todos sus amigos, es decir: las celebridades que nunca fue capaz de frecuentar en su vida normal

El secretario del Ministerio de Cultura llegó con la máscara de la aflicción puesta. Yo había dado por hecho que la ministra se presentaría en persona, señora, teniendo en cuenta que nombró a Gigi comendadora de la Orden de las Artes y las Letras. Giselle me había enseñado la carta oficial con un añadido manuscrito de la ministra explicándole personalmente lo honrada que se sentía por poder otorgarle aquel rango, la distinción más grande de las órdenes ministeriales de la República Francesa, repitió Gigi durante varios días, deleitándose en la palabra «comendadora», llegando a pensar incluso, puesto que no era obligatoria, en pedir una entrega oficial de la insignia, hasta que se enteró de que la medalla tenía que pagarla de su bolsillo y que costaba quinientos cuarenta y cinco euros, tras lo cual dijo: se la pueden meter por donde les quepa

Toda esa gente poniendo caras de devastación después de haber dejado que se pudriese en la rué de Courcelles sin preocuparse de ella jamás

¿Quién iba a visitarla?

Nadie influyente. Nadie importante. Vasallos. Repartidores de flores que se enviaba a sí misma, igual que Marie Bell

Una noche dormí en su casa. A las seis de la mañana la oí despegar el elevador del asiento del inodoro. Gigi tenía que auparse por culpa de la espalda, que tenía cascada. Con setenta y un años, un día de nieve salió con unos zapatos de tacón de quince centímetros, se resbaló y se hizo polvo. Había metido el elevador en un bolso La Forêt roto y lo había lanzado con todas sus fuerzas encima del armario. Eso lo hacía entre semana para que nadie supiese que cagaba a dos metros del suelo. Por la noche la criada se lo colocaba de nuevo antes de marcharse

En Saint-Sourd, hasta que murió nuestra abuela paterna, mi hermana y yo íbamos todos los domingos a la misa en latín. No entendía nada de nada. Solo pillé que el alma era un órgano que no podía considerarse en la categoría de órgano. La visualizaba como un pulmón revoloteante y luminoso. En los vomitivos anuncios de compresas se veía un fauno que escupía fuego mientras se apretaba contra el pecho una almohadilla fosforescente

Para mí, aquello era el alma

La misa funeral de Giselle la ofició un cura congoleño

Dos handicaps acumulados para una sorda. Estoy un poco sorda. El sonido retumbante del micro en la iglesia y un acento ininteligible. Pero me llegaron algunos fragmentos, señora

Con una voz que caía en un precipicio sin fondo y que habría sido prohibida sobre los escenarios teatrales, el cura nos exhortó al regocijo y a la alegría, dado que, cito, fue animada por la preocupación de los demás por lo que Giselle Fayolle practicó su fe

Yo miré a mi alrededor. Nadie con quien compartir aquello, ¡demonios!

Acto seguido, delante de un retrato enorme de Giselle warholizada, una mujer cantó el «Vivre d’amour» de Teresa de Lisieux y yo me eché a llorar por culpa de ese órgano que te toca la fibra, es inevitable, recordé el camerino, el pitillo, la melena, las cartas de amor, a Kikine en el sofá floreado convertida en aquella secucha de la falda pantalón

Mil años en un abrir y cerrar de ojos

Nos encontramos por casualidad en la rué Courcelles, casi en su puerta, mucho después de *Partición de mediodía*. Nos quedamos maravilladas de vivir en el mismo barrio. ¡Ven, ven, sube!

Vivía sola en un piso enorme con molduras

Un piso confortable e impersonal que debía de ser como cualquier otro del edificio. Ni rastro del desorden que acumulaba cuando la conocí

Me enseñó las vistas al parque Monceau, en diagonal. Olía un poco a alcanfor

Giselle aparecía en muchas películas y series de televisión, incluso había subido de nuevo a los escenarios poco antes

Pero la luz se había enfriado, señora

Hicimos como si no nos percatásemos. Me puso un té. Nos quedamos embelesadas mirando las tazas que había comprado en Hema por un euro. Sacó una foto de nosotras que conservaba, tomada en la entrada del teatro de Clichy. Me di cuenta de lo guapa que era ella. Yo tenía una sonrisa torva pretendidamente intensa, todo el mundo sabe fabricarse una cara para las fotos menos yo. Le conté que me había quedado viuda. Mi marido había muerto seis meses atrás. Ella me preguntó si su fantasma me visitaba. Gigi creía en los fantasmas. Me dijo que el de Ingmar Bergman iba con regularidad a aquel piso. Sostenían largas conversaciones. Sobre la fatalidad, los relojes de péndulo, la noche y los tranquilizantes, me dijo Gigi, pero hablaban incluso de decoración: por ejemplo fue él quien me convenció de que cambiara los azulejos de la cocina

Giselle lamentaba que él tuviera una dentadura nueva y hubiera desaparecido aquel incisivo puntiagudo suyo. Le dije: pero

¿cuándo se la ha reconstruido? No lo sabía

Me alegró reencontrarme con ella, señorita

Hablaba con la cabeza apoyada contra el respaldo del canapé y los pies encima de la mesita. Me había olvidado de aquella capacidad para la languidez

En la calle me había parecido más bajita que en otra época. Y, hasta su muerte, me siguió pareciendo más bajita

El cura congoleño hizo un gesto. Los seis nietos de Gigi, encorbatados y embutidos en trajes oscuros, se subieron a la minúscula tarima. El mayor, que debe de tener unos quince años, leyó con una voz en pleno cambio un texto compuesto por él que empezaba con «Mamita, nos has dejado…». Era como llamaban a la abuela Giselle

¡Lo que faltaba!, la evocación de Giselle como Mamita, al lado de su retrato psicodélico color turquesa

Giselle quería que la llamasen Giselle, me lo dijo ella, pero nadie estaba de acuerdo

Giselle relacionaba Mamita con la piel colgona de los brazos, la sordera, la espalda, el desbarajuste intestinal, los remiendos de la piel, los músculos, los tintes, todos los desórdenes en masa que te dejan suavemente en manos de la muerte

A Gigi no le gustaba la vejez

¿A quién le gusta?

En los últimos tiempos se quejaba de todo, señor

De sus allegados, de su decrepitud, pero sobre todo de sus hijas, la más joven de las cuales no le mostraba ningún tipo de ternura. Gigi decía: me abraza de lejos, como si llevase la cara untada en estiércol

Cuando Raymond Lice empezó a chochear, nos pusimos de acuerdo con él para decir «tilín tilín» cada vez que repetía alguna cosa

Funcionaba

Cuando oía tilín decía: ¡ah, sí, disculpad!

Un día se me ocurrió decirle a Gigi: ¿tú te acuerdas de Raymond y del «tilín tilín»? Sí, claro. Pues cada vez que te quejes te diré tilín tilín

Si quieres

Corinna, en un arrebato familiar, se la llevó de vacaciones a Roquebrune. Unas vacaciones con el marido y la chiquillería. Me llamaba a diario

Detesto las ruinas

Detesto a los que visitan las ruinas

Detesto el mar

Detesto a los niños. Sus gritos de alegría. El vietnamita es el peor. Un cretino. Porque sea un niño vietnamita adoptado no va a dejar de ser cretino

El santurrón me toca las narices. El santurrón es su yerno

El coche me toca las narices

El supermercado me toca las narices

¡Tilín!

Qué suerte tener solo un hijo, Anne-Marie, las hijas no son más que odio y rencor. Le he dicho al gastroenterólogo que el zumo de naranja de la mañana me cierra el píloro, le da lo mismo, quiere que me tome doble dosis de Colopeg con el pretexto de que no me pudieron hacer la última colonoscopia en buenas condiciones. Le he dicho: está para que lo ingresen, doctor, voy a hacer una dieta sin residuos durante dos semanas y así tendrá usted sus tripas impecables. ¡Tilín tilín! ¡No voy a dejarme

avasallar porque me considere usted una panfila! ¡Tilín, Gigi! ¿Sabes, Anne-Marie, que tengo un brazo izquierdo medio muerto desde hace meses? Ya no puedo abrocharme una blusa. El fisioterapeuta dice que solo la cabeza debe apoyarse en la almohada, el cuello no; le he dicho: cada cual duerme como puede, señor Grenier, ya solo dormir es una suerte; me dice: entonces no se sorprenda si tiene anquilosis. ¡Ay, nos tocan las narices! ¡Tilín tilín tilín!

Con Raymond Lice funcionaba

Raymond acabó sus días en una residencia de ancianos, pública, en Évry. Fui a visitarlo una vez. Estaba sentado en un enorme butacón

amarillo al lado de la cama. La cama estaba pegada a la pared en medio de la habitación, como en los hospitales

No se acordaba de mi nombre. Un peluquero del centro le había hecho la raya al lado y flequillo escalado, como a un chavalín

Raymond Lice, Poupi Canella, Mireille Camp, Giselle Fayolle

Mis amigos de Clichy

Nos lo pasamos bomba, ya ve

De pequeña me mandaban de vacaciones a casa de mis primos por parte de madre. Me metían en el tren, me bajaba en Bluzet. Esperaba en el andén con mi maleta a que mi tío acabase de trabajar. Era jefe de estación. Durante el verano me paseaba por un bosquecillo que había detrás y por la sala de espera desierta, ya que no pasaban más que trenes de mercancías, por así decirlo. Me moría de aburrimiento. En la maleta me ponían un neceser y ropa fácil de lavar. Mi madre lo doblaba todo cuidadosamente para dar buena impresión

Cuando fui a París quise llevarme las cosas más valiosas para mí. Cajas de baratijas, cuadernos, mi álbum, fotos enmarcadas, mis animales de papel maché

Qué triste, señor, aquel ajuar apilado para lo desconocido

Antes de llegar a la rué des Rondeaux fui tambaleándome de derecha a izquierda sin soltar nunca aquella maleta enorme

Al llegar a la rué des Rondeaux ya lo había tirado casi todo

La muerte de Giselle, ya ve…, es como si hubiese deshecho la maleta una última vez

Cuando salimos de la iglesia llovía. Los hombres que bajaron el féretro estaban empapados

En el entierro de mi padre también llovió

A mis padres los enterraron en una parcela de la familia Mille en el cementerio comunal de Colugne, que es más pequeño que el de Saint-Sourd y que da a un campo

Mi padre primero. Allí estábamos todos bajo el chaparrón, mi marido, mi hermana, mi cuñado, la familia lejana, algunos vecinos y los viejos de la fundición. Mi madre se había disfrazado de española con una mantilla negra de encaje

No había querido paraguas. Se plantó allí tiesa y helada. El velo se le pegaba a las mejillas chorreantes con un efecto teatral bochornoso

Para ella vino menos gente. Algunos conocidos, los primos de Bluzet sin el jefe de estación, que llevaba muerto desde ni se sabe. Mi madre conservó la cabeza hasta el último momento. Una vecina se empeñó en que últimamente la había visto haciendo cabriolas por la rué Carmelin

Al salir pasamos por delante de una tumba con flores recientes. Miré el nombre y, ¿quién era?

¿Quién era, señorita? Prosper Ginot

Prosper Ginot. Mil novecientos dieciocho - Mil novecientos ochenta y nueve

Actor

Prosper Ginot tendido en la negrura de Colugne al lado de mis padres ante el prado de las vacas y las amapolas

De donde vengo, a una no le conviene quedarse tumbada

La posición horizontal es mala para el alma

En Saint-Sourd estaban los pozos de carbón que ya no existen y la Compañía Teatral Prosper Ginot

Veíamos pasar por el pueblo a los actores, sobre todo los domingos, porque había mercado

Yo los reconocía de lejos

Murmuraba sus nombres

Prosper Ginot, Armand Cheval…

Eran altos y pálidos. Mucho más altos de lo normal

Nos decíamos que teníamos una vida pequeña

Ningún artista ha tenido nunca la estatura de los actores de Saint-Sourd-en-Ger

Prosper Ginot, Madeleine Puglierin, Roger Stru, Madeleine Tison, Armand Cheval, Désiré Guelde, Odette Ordonneau, Aimé Morteron, Jean Leleu, Georgia Glazer